

Pues ¿porqué has de querer malograrlas? A este duro ejercicio de paciencia tiene vinculado Dios tu perfeccion. No pierdas parte alguna de este tesoro, y haz desde luego un firme propósito de aprovecharte bien de él.

2. Ya se te ha dicho muchas veces, pero nunca está de mas el repetirlo, que es admirable costumbre la de dar gracias á Dios, aunque sea por medio de una brevísima oracion, siempre que te suceda cualquiera afliccion, cualquiera contratiempo: *Dominus dedit, Dominus abstulit, sicut Domino placuit, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.* El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó: suceda lo que sucediere, Dios lo dispone, Dios lo ordena, sea su nombre bendito; cúmplase en mí su santísima voluntad. Dí un *Laudate Dominum, omnes gentes*; dí un *Gloria Patri*, etc., dando gracias á Dios por aquella adversidad. No hay ejercicio mas provechoso.

DOMINICA III DE NOVIEMBRE.

LA FIESTA DEL PATROCINIO DE NUESTRA SEÑORA.

Entre cuantas festividades celebra nuestra madre la Iglesia, siempre solicita en proponer á sus hijos objetos de edificacion y de consuelo, apenas hay una que llene tan completamente estas intenciones, como la presente festividad del patrocinio de María. Todos los hombres conocen y confiesan prácticamente su debilidad y miseria cuando con tanto esmero buscan en este mundo multiplicados apoyos y remedios para sus necesidades respectivas. Así vemos que el pobre procura granjearse la amistad del

rico, el ignorante se gloria con la compañía del sabio, y el desvalido procura por todos los medios la proteccion y amparo del poderoso. Por mas que la soberbia pretenda deslumbrar los ojos del entendimiento con los falsos brillos de la vanidad, es tan visible la flaqueza humana, que ni puede ocultarse, ni dejar de publicarla el temor. ¡Cuánta satisfaccion, pues, no deberá encontrar nuestro corazon cuando una madre tan amorosa y solícita del bien de sus hijos, como nuestra madre la Iglesia, nos propone un patrocinio tan poderoso, tan eficaz, tan pronto y universal como el de María! Esto que es verdad, respecto de todas las necesidades, tanto naturales como sobre naturales, recibe un nuevo realce, aplicándolo privativamente á las necesidades mas interesantes, y que mas dificultosamente pueden encontrar socorro en lo humano, que son las necesidades del espiritu. Todos sabemos por testimonio de Dios en las divinas Escrituras, confirmado despues con una triste experiencia, que nacemos hijos de ira y de venganza, vasos de abominacion y de desprecio, enemigos declarados de Dios y partidarios del demonio. Dentro de nosotros mismos tenemos las semillas de todos los males, y una infeliz disposicion para contradecir á todos los bienes. Nuestra alma debilitada en sus potencias; el entendimiento ofuscado con la ignorancia; la voluntad torcida siempre hácia lo prohibido; la memoria llena de objetos de escándalo. Los movimientos mismos de la naturaleza, que por su puro mecanismo debieran quedarse en la clase de inocentes, llegan á hacerse enfermizos y peligrosos en fuerza del desconcerto y turbacion que causó en ellos el primer pecado. No somos capaces, como dice san Pablo, de producir por nosotros mismos un solo buen pensamiento. En este estado de miseria, de necesidad y desventura, ¿qué pudiera apetecer el hombre con

mas ansia que una proteccion tan poderosa que pudiese darle socorro contra su misma miseria, y auxiliarle contra sus poderosos enemigos? ¿A qué mas pudieran extenderse sus esperanzas que á lograr la proteccion de un gran personaje que, ó por su virtud, ó por su sabiduría, ó por su íntima conexion con nuestro Dios y Señor, tuviese en sus manos el ampararle en su desventura?

Hé aquí el objeto de la festividad presente, hé aquí el fin que ha tenido la santa madre Iglesia en la institucion de ella, y hé aquí el motivo de mayor consolacion para los cristianos, tanto en los casos favorables como en los adversos. No se puede dudar que, despues que nuestro Redentor Jesucristo subió á los cielos y está sentado á la diestra de su padre, tenemos en él un abogado y un protector que está siempre intercediendo por nosotros. Su proteccion debe ser tanto mas eficaz y poderosa que todas las demás, cuanto sus merecimientos son mayores infinitamente; pero esto no quita la intercesion de los santos ni de la reina de todos ellos María Santísima, en lo cual se echa de ver la gran misericordia de Dios, y la generosidad con que se porta con los hombres. Por eso dice san Bernardo (*Serm. 2 de Assump.*): *Que María es nuestra mediadora: es aquella por quien recibiremos la misericordia de Dios, y la misma por quien recibimos en nuestras moradas al mismo Jesucristo.* Ya en el Testamento antiguo se nos habian anunciado todas estas venturas en figuras misteriosas, que eran otros tantos simbolos del patrocinio de María. Porque en aquella vara con que Moisés ejecutó tantos prodigios y maravillas confundiendo á los magos de Egipto, y precisando al protervo Faraon á romper las cadenas de la servidumbre en que tenia al pueblo de Dios, ¿quién no advierte una misteriosa figura de María, en la cual, como canta la Iglesia, como en una vara lim-

pia y derecha no cupo jamás, ni el nudo del pecado original, ni la corteza de otra cualquiera culpa? ¿quién no advierte que en aquellos portentos se figuraban los que María habia de hacer en beneficio de sus devotos, ya venciendo á los sabios, en que se dan á entender el mundo y sus concupiscencias, y ya confundiendo á Faraon, que, por su obstinacion en el mal y sus depravados intentos, es la figura mas expresiva del enemigo comun del género humano? Lo mismo se advierte en aquella columna de nube que precedia al pueblo de Dios en el desierto, sirviéndole de luz en las tinieblas de la noche, y de reparo contra los ardores del sol por el dia. Pero entre todas las figuras, ninguna expresa mejor la naturaleza y santidad de María, y la virtud de su patrocinio, que la arca del Testamento. En una y otra se depositó el código de la ley y el maná que llovió del cielo; pero con la diferencia de que en las entrañas del arca misteriosa María se depositó la ley misma por esencia, el derecho divino é inmutable en su propia subsistencia, y el divino maná, la comida de los ángeles, el pan del cielo, esto es, el Verbo divino unido á nuestra mortalidad. El pueblo de Israel llevaba el arca del testamento en sus expediciones de guerra: con su vista cobraban esfuerzo los soldados: por su medio conseguian triunfos maravillosos de sus enemigos, y estos quedaban postrados de terror.

Si se hubieran de referir los sucesos que prueban la analogia que hay en esta materia entre la Madre de Dios y la arca del Testamento, se necesitaria un volumen entero para desempeñarlo dignamente. Toda la Iglesia universal y todas las regiones del mundo cristiano tienen reconocido y experimentado el patrocinio de María desde el principio que comenzó á establecerse entre los hombres la religion sacrosanta de su Hijo. Pero entre todas las naciones del mundo, asi

como desde el principio ha merecido España á esta gran Reina una predileccion singular, así tambien ha manifestado con ella su patrocinio en muchos casos, que por el número y por la sustancia son verdaderamente prodigiosos. Ellos han hecho que los Españoles despertasen finalmente del letargo en que estuvieron dormidos por tantos siglos, sin pensar en dedicar á María Santísima una festividad en que reconociesen su proteccion, y le tributasen por ella las debidas gracias. Estos sucesos, como tan oportunos para acordar á los Españoles las antiguas piedades de Maria, y fortalecerlos al mismo tiempo en la devocion á esta Señora, merecen ser referidos; pero su multitud asombrosa nos hace ceñir á la narracion de uno ú otro caso, que bastará á producir en los fieles los mismos efectos. Cuando España acababa de ser ocupada por los Moros; cuando su desolacion y su miseria habian llegado al mayor extremo; cuando el Omnipotente, en fin, hizo ver el odio con que mira los pecados del mundo, y cuán terrible cosa es caer en sus manos, entonces experimentó España uno de aquellos rasgos incomparables de la proteccion de Maria. Habíase retirado el valeroso don Pelayo á una cueva de las montañas de Asturias con mil infantes, triste resto de todo el poder de la monarquía española, pero en donde se atesoraba el principio de su restauracion; y viéndolos en tan corto número, é incapaces en lo natural de resistir á la numerosa turba de bárbaros, fué el arzobispo don Opas á persuadirles que el entregarse pacíficamente á los Moros seria el único medio de salvar las vidas. El valeroso caudillo de los cristianos conocia muy bien la debilidad de sus fuerzas en comparacion de las inmensas que traian los enemigos del nombre cristiano; pero confiado en el patrocinio de Maria, dió una respuesta digna de su heroismo. Bien sé, dijo, que miradas las fuerzas naturales son insuficientes las

que tengo para resistir á los enemigos de Jesu-risto; pero con la proteccion de Maria espero, no solamente salvar mi vida y la de los que están conmigo, sino tambien restaurar el reino de los Godos. A semejante respuesta respondieron los Moros con todo género de hostilidades. Una nube de piedras y de saetas inundó la boca de la cueva en que estaban los cristianos recogidos implorando el patrocinio de la Reina de los ángeles, que no les faltó en tan inminente peligro, porque todas las saetas y piedras que los Moros disparaban volvian contra ellos con mucho mayor impetu. Luego que advirtieron el estrago, y que este era causado por una virtud superior, se pusieron en precipitada fuga: entonces los cristianos, saliendo de la cueva, cargaron sobre ellos con tanto denuedo y bizarría, que quedaron mas de veinte mil muertos en el campo de batalla; y al pasar otros sesenta mil del monte Fusena al campo libanense, se derrocó un monte cercano, y padecieron los funestos efectos de ruina tan espantosa. Esta victoria alcanzada por el patrocinio de Maria fué el principio de la restauracion de España, y en memoria suya se dedicó aquella cueva al culto de la Madre de Dios, llamándose despues Santa Maria de Covadonga.

Todas cuantas victorias alcanzó el santo rey don Fernando el III en el discurso de treinta y cinco años que tuvo guerra con los Moros hasta lograr hacerlos tributarios, fueron debidas al patrocinio de Maria, como el mismo santo rey confesaba. Maria Santísima se alistaba en sus ejércitos como su directora y capitana, y en las marchas y en las batallas hacia el rey llevar diversas imágenes de la Madre de Dios que á un mismo tiempo diesen ánimo y valor á sus soldados, y terror á los enemigos. Era en esta devocion tan extremado, que hasta en el arzon de la silla del caballo que montaba habia hecho colocar una imagen de Ma-

ria, no pudiendo su devocion sufrir que en el ardor de las batallas no tuviesen sus ojos presente la imágen de aquel dulce objeto, de cuyo patrocinio esperaba la victoria. Fué en esto tan feliz, que en tantas batallas como dió, siempre salió victorioso, sin que jamás se verificase que le venciesen sus enemigos. En reconocimiento al patrocinio que habia experimentado siempre de la Reina de los ángeles, dispuso, cuando conquistó á Sevilla, que esta Señora entrase á tomar posesion de la ciudad en un magnifico triunfo que dispuso para este efecto. De la misma manera entró en Constantinopla el emperador Juan Comneno, llevando en un carro triunfal, hecho de plata y adornado de muchas piedras preciosas, la imágen de Maria Santísima, á cuyo patrocinio atribuia justisimamente las muchas victorias que habia conseguido, y la conservacion de todo su imperio. Pero volviendo á nuestra España, sin mencionar la victoria del Salado, en que Alfonso el XI mató doscientos mil Moros, y cautivó otros infinitos, sin que hubiesen faltado mas que veinte cristianos; sin contar los triunfos de Alfonso I, rey de Portugal, los de don Juan II, rey de Castilla, los de Ramiro el II, rey de Leon, en que dos ángeles, enviados por Maria Santísima, vencieron doscientos mil Moros, ni los de Fernando el Católico, que traia siempre consigo en las batallas la imágen de Maria, y con ella entró triunfante en Granada, dándole el titulo de la Victoria; sola la famosa batalla de Lepantó basta para hacer ver á los Españoles hasta donde ha llegado la proteccion de esta Señora, y cuánto está obligada para con ella su gratitud. Gobernaba la Iglesia el santo papa Pio V, cuando, orgulloso Selim II con las innumerables victorias que habia alcanzado contra los cristianos su padre Soliman, conquistando á Belgrado, la isla de Rodas, muchas plazas de Hungría y del Austria, robando, sa-

queando y haciendo crueles carnicerías, pensaba en destruir la cristiandad toda, arruinar sus templos, matar sus sacerdotes, y colocar la media luna otomana en los lugares que tan justamente ocupaba la santa Cruz. Dispuso para esto una armada la mas formidable que se habia visto jamás; y confiando en sus fuerzas, le parecia tener ya bajo el filo de su cimitarra todas las gargantas de los cristianos. Veian estos con lágrimas en los ojos su próxima ruina, singularmente el padre santo y el católico y prudente rey de España don Felipe II; mas confiando en Dios, que no desampara jamás á los que le buscan, se aprestaron para salir al encuentro al bárbaro agareno. Confia su armada, inferior en fuerzas, al infante don Juan de Austria y á Marco Antonio Colona, pero mucho mas al patrocinio de Maria, colocando en cada nave su augusta imágen. Partieron á la lid, quedándose el santo pontifice y toda la Iglesia clamando á Dios y pidiéndole misericordia: no se hizo en este tiempo otra cosa que ordenar procesiones en que se cantaba el santo rosario, confiando en Dios y en Maria Santísima que con esta preciosa arma se habia de vencer á todos los enemigos de la Iglesia. Entre tanto, llegó el decisivo dia, que fué el 7 de octubre. Avistáronse las armadas; gritaron los Turcos ansiosos de beber la sangre de los cristianos; preparáronse estos á la pelea adorando la imágen de un crucifijo que iba en la bandera del papa, y clamando á Maria Santísima, se trabó una sangrienta y horrorosa batalla: tres horas duró el combate sin decidirse la victoria, hasta que, confiando en Maria Santísima, cargaron los cristianos tan de recio sobre la capitana turca, que mataron á su capitan Halibajá: clamaron victoria, victoria, y la consiguieron los cristianos tan completa, que no se cuenta otra ni mas rica, ni mas ventajosa, pues mataron mas de treinta mil Turcos, quedando por largo espacio el agua

de aquella parte de mar teñida de sangre : apresaron ciento treinta galeras, echaron á pique mas de treinta, y rescataron mas de veinte mil cristianos cautivos.

Seria pretender agotar las aguas al mar el querer referir menudamente los hechos particulares que acreditan el singular patrocinio que en todos tiempos ha experimentado España de las piedades de la Madre de Dios. Ellos son tantos y tales, que apenas ha habido monarca en la península que no los haya presenciado muchas veces, ni ocasion de necesidad ó tribulacion grande en que no se haya hecho sensible su socorro. Si los enemigos han pretendido usurpar nuestras tierras y posesiones ; si se han entrado por nuestras campañas asolando cuanto encontraban , destruyendo las poblaciones , y reduciendo sus gentes á miserable servidumbre ; si el cielo endurecido ha negado á nuestras tierras la lluvia en los tiempos oportunos ; si la enfermedad, el hambre ó la peste ha comenzado alguna vez á ejercer contra nosotros las justas venganzas del cielo, María ha sido nuestro escudo, nuestro antemural, nuestra defensa : la Madre de misericordia que ha intercedido por nosotros ; nuestra abogada ; en fin , nuestra protectora, con cuyo favor y patrocinio se han disipado nuestros males, se han arredrado nuestros enemigos, se han contenido nuestras aflicciones , se han atajado nuestras enfermedades , se han enjugado nuestras lágrimas, y se nos han abierto las puertas de la esperanza y el consuelo. Sin embargo de esto, ¿ será creíble que hasta el reinado de Felipe IV haya estado España disfrutando todas estas gracias sin pensar en reconocer con alguna demostracion pública el patrocinio de María ? Así es : este generoso príncipe recorrió en su memoria los siglos de esta monarquía, y vió que en todos ellos habia suficientes hechos para formar una historia particular de los favores de la

Madre de Dios. Vió que por su mediacion y patrocinio se habia ido recuperando España de la tiránica dominacion de los Moros ; que á ella se debia principalmente el que entre tantas miserias como habia padecido esta nacion, nunca hubiese sufrido la mas terrible de todas, que es verse privada de la verdadera fe de Jesucristo. Veia que los reyes , sus predecesores , habian conseguido infinitos triunfos en dias dedicados á la veneracion y culto de esta Señora ; y otros con señales tan manifiestas de ser obra de su piedad, que no se podia dar por desentendido el corazon mas ingrato. Su propia experiencia, sobre todo, le estimulaba de una manera tan poderosa, que el resistir hubiera sido mas bien protervia que insensibilidad. Y como veia por tantas partes amenazado su trono, de manera que á los ojos de la prudencia humana casi parecia inevitable su ruina, pensó prudente y piadoso afianzar su corona y cetro en aquella por quien reinan los reyes, y establecen lo justo los legisladores.

Con este designio solicitó de la santidad de Alejandro VII que expediera una bula, por la cual se estableciese perpetuamente en España una fiesta dedicada al patrocinio de María, la cual fuese á un mismo tiempo un testimonio de la gratitud de los Españoles, y un nuevo motivo para obligar en cierta manera á la Madre de piedades á continuar su proteccion. Unas súplicas tan justas no podian menos de obtener del vicario de Jesucristo y padre universal de los fieles todo el efecto deseado. Por bula dada en Rona á 28 de Julio de 1656, concedió Alejandro VII que se celebrase en todos los dominios de España , por el clero secular y regular, una fiesta á Maria Santísima con el título de Patrocinio ; y para aumentar la devocion de los fieles y promover la salud de las almas con los celestiales tesoros de la Iglesia, movido de piadosa caridad, concedió misericordiosamente en el Señor

indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados á todos los fieles de uno y otro sexo que verdaderamente contritos confesaren y comulgaren en el dia del Patrocinio, asistiendo á la misa mayor, y rogando á Dios por la paz entre los principes cristianos, que extirpe las herejías y exalte á la santa madre Iglesia. Estas gracias han sido tan poderosas para estimular la devocion de los fieles, que en el dia es una de las festividades de la Virgen que se celebra con mayor solemnidad, y bajo de esta advocacion se han instituido devotísimas confraternidades que dirigen á Dios sus votos, bajo los auspicios de su Madre virgen.

Esta festividad, dice el sabio pontífice Benedicto XIV, estriba en un principio católico y de fe; conviene á saber, que María Santísima intercede por nosotros haciendo oracion en los cielos á su Hijo Jesucristo. De consiguiente, este patrocinio será tanto mas eficaz y poderoso, cuanto mayores sean las razones para que sean oídas sus súplicas. Es constante sentencia de los padres y teólogos, que la circunstancia de Madre de Dios incluye en sí una dignidad y excelencia tan sumamente grandes, que no dudan darles el epíteto de infinitas, aunque con cierta restriccion. El ser Madre de Dios la constituye en un estado de grandeza por el cual ni hay gracia que le sea imposible, ni peligro, necesidad ó afliccion que le sean insuperables. Por ser Madre de Dios se atreven los santos á llamarla madre de misericordia, medianera de los pecadores, reparadora del mundo, redentora de los cautivos y única razon de toda nuestra esperanza. No se puede dudar que en todo esto proceden los padres con suma razon, y que con la misma lo autoriza la Iglesia; porque, aunque es verdad que Jesucristo es el único Salvador nuestro y nuestro Redentor, y el único que dió su sangre por precio de nuestra salud, con todo eso quiso, como verdadero Hijo de Maria, darle parte en

esta grande obra, para lo cual habia muchas y muy poderosas razones. La primera, porque en sus purísimas entrañas fué formado de su sangre aquel cuerpo santísimo, á que se unió el divino Verbo, y por cuyo medio obró la salud en medio de la tierra. La segunda, porque Maria Santísima parió y alimentó con el purísimo néctar de sus pechos al Cordero immaculado, que habia de servir de victima al Eterno Padre por los pecados del mundo. La tercera, porque Jesucristo era suyo, le poseia con legitimo derecho, le habia recibido del Padre, le habia rescatado en el templo con su dinero, y á todas sus acciones y obras le competia el derecho que tienen las madres respecto de sus Hijos. La cuarta, porque consintió en la muerte de su Hijo, necesaria para obedecer al Eterno Padre, rescatar al género humano de la servidumbre antigua, pues no es creible que, para un asunto tan doloroso como entregar á la muerte el cuerpo de su Hijo, no se solicitase su consentimiento, cuando el Espíritu Santo no pasó á formarle en sus entrañas, sin obtener primero su anuencia por medio de una embajada solemnísima, que le llevó el arcángel san Gabriel. La quinta, en fin, porque, estando al pié de la cruz, sintiendo en su corazon lo mismo que Jesucristo en sus miembros, ofreció al Eterno Padre el sacrificio de su Hijo, haciendo en esta ocasion el oficio de sacerdote, y poniéndose por medianera y protectora entre Dios y los hombres.

Todas estas razones, y otras infinitas que hacen conocer la grandeza del patrocinio de Maria, están tan repetidas en los santos padres, que sería necesario copiar una gran parte de sus escritos si quisiéramos referir sus testimonios. San Jerónimo, tratando de la Asuncion de Maria, dice así: *Veneramos á la autora de la salud, la cual, concibiendo á su autor por virtud del cielo, nos dió un Redentor que nos libertase*

de la tiranía del diablo en la tierra. Y en otra parte, *Ad Eustochi*: No hay duda que cuanto se tributa á María, todo cede en alabanza de Cristo. Sabemos, dice san Anselmo, de *Concept. Virg.*, sabemos que la bienaventurada Virgen tiene tanto mérito y gracia para con Dios, que no puede dejar de hacerse cuanto ordenare su voluntad; porque toda la potestad en el cielo y en la tierra le ha sido concedida, nada le es imposible á aquella á quien es posible hacer que los desesperados vuelvan á concebir sólidas y verdaderas esperanzas de su salud eterna. Con estas mismas sentencias está conforme en todo el dulcísimo padre san Bernardo, cuyas palabras, tratando de María, tienen un no sé qué de energía y de dulzura, que á un mismo tiempo embellean y edifican: Busquemos la gracia, dice en el sermón de la Natividad, y busquémosla por medio de María, porque esta Señora halla siempre lo que busca, ni pueden jamás ser frustradas sus diligencias. Tenemos, dice en otra parte (*Serm. 1 de Assumpt.*), una abogada que está en el cielo con antelación, la cual, como madre del juez y madre de misericordia, trata con la mayor eficacia los negocios de nuestra salud. Hijos míos, esta es la escala por donde suben al cielo los pecadores (*Serm. de Aquæ ductu*). Esta es toda mi grande confianza, y esta toda la razón porque espero ser salvo. Por corona de los dichos y sentencias de los santos padres, en que se ensalza el patrocinio de María, pondremos aquí la antigua oración con que la implora nuestra madre la Iglesia, tomada del gran padre san Agustín, la cual sirve á un mismo tiempo para conocer su grandeza, y para saber el método con que se deben dirigir á María Santísima las oraciones, como dice Benedicto XIV, *lib. 2 de Festivitat. cap. 13, num. 3.*

En el *serm. 18 de Sanctis*, dice aquel santo padre así: O bienaventurada virgen María, ¿quién podrá darte las gracias y alabanzas debidas por haber socor-

rido al mundo que yacia en una miserable perdición, solo con dar tu consentimiento? ¿que elogios, qué alabanzas puede tributarte la debilidad del género humano, que solo por ti y en ti pudo encontrar una puerta por donde entrar á la recuperación de sus pérdidas? Recibe, pues, nuestras humildes y rendidas gracias, aunque despreciables por nuestra bajeza, y desiguales á tus grandes méritos; y cuando te dignes de recibir nuestros votos, excusa nuestras culpas en las oraciones que hagas á tu Hijo. Recibe nuestras súplicas en el sagrario de tu audiencia, y alcánzanos el antídoto de la reconciliación. Sea excusable por tí la súplica que solo la hacemos por tu confianza, y haced que alcancemos lo que pedimos llenos de fe viva. Recibe, Señora, lo que te ofrecemos, danos lo que te pedimos, y aparta de nosotros lo que tememos, porque tú eres la esperanza única de los pecadores. Por tí esperamos el perdón de nuestros delitos, y en tí ¡ó bienaventurada! está la esperanza de nuestros premios. Socorre ¡ó santa María! á los miserables, da favor á los apocados, fomenta á los dignos de lástima, ruega por el pueblo, sed medianera por el clero, é intercede por el devoto sexo femenino. Sientan tu patrocinio todos aquellos que celebran tu memoria. Está siempre prevenida para oír los votos de los que te dirigen sus peticiones, y consuélalos dándoles el efecto deseado. Sean todos tus cuidados y esmeros el orar continuamente por el pueblo de Dios; tú ¡ó Virgen bendita! que mereciste llevar en tu vientre al Redentor del mundo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Marpurg de Alemania, el tránsito de santa Isabel, viuda, hija de Andrés, rey de Hungría, hermana de la tercera orden de san Francisco. Despues de haber pasado toda su vida en un ejercicio continuo de

buenas obras, se voló al cielo toda resplandeciente de milagros.

El mismo día, la fiesta de san Ponciano, papa y mártir, quien fué apaleado en la isla de Cerdeña, adonde el emperador Alejandro le habia desterrado con un presbítero nombrado Hipólito. El papa san Fabian hizo trasferir su cuerpo á Roma, donde le dieron sepultura en el cementerio de Calisto.

En Samaria, san Abdias, profeta.

En Roma, en la via Apia, san Máximo, presbítero, que padeció martirio durante la persecucion de Valeriano, y fué enterrado cerca de san Sisto.

En Cesarea de Capadocia, san Barlaan, mártir, hombre ignorante y grosero segun el mundo, pero que, lleno de la sabiduria de Jesucristo, triunfó del tirano, y superó al fuego mismo con la constancia de su fe. San Basilio el Grande pronunció un celeberrimo panegirico en el dia de su fiesta.

En Ecija, san Crispin, obispo, quien, por medio de la decapitacion, llegó á la gloria del martirio.

En Viena, los santos mártires Severino, Exuperio y Feliciano, cuyos cuerpos, habiendo sido hallados por revelacion hecha por los mismos santos, muchos años despues de su muerte, el obispo, el clero y el pueblo los elevaron de tierra con solemnidad, y los sepultaron convenientemente.

El mismo dia, san Fausto, diácono de Alejandria, quien, desterrado desde luego con san Dionisio durante la persecucion de Valeriano, fué decapitado en su vejez bajo el imperio de Diocleciano, con lo que terminó su martirio.

En Isauria, el martirio de san Azas y de ciento cincuenta soldados, camaradas suyos, á quienes quitó la vida el tribuno Aquilino bajo el mismo emperador.

En Colmier del Berri, san Patroclo, confesor, venerado en Clermont el 24 de este mes.

Cerca de Loudun en el Poitou, san Citronio, confesor.

En San Memin, cerca de Orleans, san Teodomiro, abad.

En Dol de Bretaña, san Buzeu, sucesor de san Maglorio en el gobierno de aquella iglesia.

En Leon de la propia Bretaña, san Huardon, obispo, sucesor de san Tenenan.

En Angillon del Berri, san Jacobo de Sassy, monje del órden de san Basilio.

En Mandes de Pamfilia, el martirio de san Heliodoro.

En Cesarea de Capadocia, los santos mártires Máximo, Muciano y otros.

Este propio dia, el martirio de las cuarenta viudas Heraacleotas.

En Irlanda, san Benigno, obispo de Armarch, sucesor de san Patricio.

En la diócesis de Benevento, san Adjutor.

En Inglaterra, santa Ermemburga, abadesa en la diócesis de Cantorbery.

En Munster, san Suedro, obispo.

La misa es la votiva de Nuestra Señora, y la oracion la que sigue:

Concede nos famulos tuos, quæsumus, Domine Deus, perpetua mentis et corporis sanitate gaudere, et gloriosa beatæ Mariæ semper Virginis intercessione, à præsentis liberari tristitia, et æterna perfrui latitia. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios y Señor, concédenos, te rogamos, que nosotros tus siervos nos alegremos con la perpetua sanidad de cuerpo y alma, y que por la gloriosa intercesion de la bienaventurada siempre vírgen María seamos libres de la tristeza presente, y lleguemos á gozar de las alegrías eternas. Por nuestro Señor Jesucristo...